Para "Revista de los Archivos Nacionales"

El reciente fracaso de Ludwig

Por Enrique D. Tovar y R.

Antes de despedirse de esta sublunar existencia como su correligionario Zweig, quiso Emilio Ludwig, el gran escritor suizo e israelita—que llamóse Emilio Cohn en Alemania, su verdadera patria—conocer la ciudad de La Habana; y como aceptó galante invitación del Ministro Sosa de Quesada para ofrecer conferencias, pues, presentóse en la capital de Cuba. Ello fué no hace muchos meses . . .

De talla un tanto elevada, algo desgarbado, con el paso ya no tan seguro, ostentando unos ojos verdemar y su mirada no poco altanera y hasta despectiva, Ludwig descendió de la nave que le llevó del continente, en compañía de su consorte africana—acaso la inspiradora de su libro sobre el Nilo—dama ya ajada por los años, alta como el cónyuge, pero de presencia cordial y que propicia verdaderas simpatías.

Ya el autor de "Bismarck" había escrito y publicado en algunas lenguas aquel "Bolívar"—"libro de encargo"—que poco favorable acogida tuvo de la crítica, seguramente como dice Diego Carbonell, porque el insigne hombre de pluma, al redactarlo "pensó siempre en alemán a través de su honda cultura tudesca", en tanto que otros estudiaron al Libertador con el fuego ardiente del "latino", cual ocurrióle a Mancini que, hijo de colombiana aristocrática, al redactar su biografía de Simón Bolívar, "pensó en colombiano a través de la primorosa cultura adquirida en París". Ludwig ya, cuando arribó a La Habana, había escrito y hecho varias ediciones del volumen—que tántos vapuleos le ha costado—en el que narra sus coloquios con el Duce, y había acudido, en "afán crematístico", al gigantesco país de los dólares y las águilas, para escribir y publicar, tal vez sí con más fortuna que antes pero positivamente con pingües provechos para el bolsillo y la cuenta corriente en varios bancos, su "Lincoln" y su "Franklin D. Roosevelt."

La llegada del famoso escritor a la capital de Cuba no fué, pues—con tales antecedentes—saludada como lo había esperado el Ministro de Defensa, doctor Sosa de Quesada, con gran atuendo. Todo lo contrario ocurrió. Una corriente de franca antipatía suscitó su presencia, y dijéronse muchos cubanos: "Ya ese israelita viene a hacer su negocio. Primero, conferencias a dos y medio dólares el asiento. Después, será el libro de encargo, sobre Martí, o acaso sobre Batista". Y el primero en arremeter contra el ayer germano y ahora helvético y que desde los primeros instantes de su vida habanera ostensiblemente manifestóse despectivo, fué Ramón Vasconcelos. Habló el gran escritor de Cuba desde las páginas de "El País". Le siguieron Jesús González Scarpetta, desde "El Mundo"; Raúl Maestri, desde "Información", y algunas otras plumas menores. Dijo Vasconcelos que el dios Mercurio es

la divinidad dominante en Ludwig, y afeó su poco disimulado manejo del turíbulo ante Mussolini y otros personajes contemporáneos que ha biografiado. González Scarpetta y Maestri, hicieron otros comentarios, de bilioso sabor, asimismo. Ludwig resolvióse a atacar a Vasconcelos, quien reiteró el golpe, pero ya con mayor vigor.

Por allí, alguien, sospechando que el insigne suizo podría a corto plazo entregar al Gobierno el manuscrito de una nueva biografía de Martí, acercóse a Ludwig, que lucía traje de deportista—chaqueta de color carmelo por la espalda, y azul-rey con bolsillos grises por delante, según descripción de José R. Castro—y de él oyó que nada sabía acerca del Apóstol. Produjose "la *débacle*". . ., y Ludwig, en charla con Renato Villaverde, hubo de rectificar: "No dije que desconozco a Martí; y, por el contrario, soy de los pocos europeos que lo conocen". Empero, y queriendo robustecer su afirmación, aseguró, poco después, que Martí seméjase a Federico Nietzsche, y también que el Presidente Batista seméjase al Duce. ¡Ah poco tino!

Desbordóse, pues, una catarata de artículos, mortíferos como ametralladoras, en franca oposición a cualquier intento de confiar a la pluma de Ludwig una biografía del Padre de la Patria. Tampoco la del Presidente Batista. Poco sirvieron la voz del Poeta Fernández Arrondo y del sesudo Sergio Carbó, que una lanza quebraron en favor del biógrafo del río Nilo. Los legionarios encabezados por Vasconcelos, triunfaron en toda la línea y el gran polígrafo saboreó un rotundo rechazo de su persona y de sus planes. Retiróse mohino, resentido, malhumorado. Pero convencido *in pectore* de que es cierto lo que dijo Waldo Frank, esto es, que desde hace más de una centuria, intelectuales y poetas han expresado su apocalíptica visión del nuevo mundo; pero que el trabajo fundamental era realizado por la tierra americana, por el aire americano y por las pasiones americanas.

Cuéntase que un diplomático, admirador de Ludwig y afligido por la campaña adversa desencadenada contra el escritor, ofrecióle una recepción en su Embajada. Ya en ésta, el visitante deseaba conversar, a lo que oponíase el consabido *jazz-band*. "¡Que calle esa música, que no me deja hablar!", exclamó, como un desaforado, Ludwig. Todos sonrieron al percatarse de tal golpe ególatra; y como los músicos no obedecieron la orden, las parejas prosiguieron danzando, entre festivas e indignadas. En otro momento, y cuando iba a ser presentado el famoso hombre de pluma a elevado funcionario de justicia, el sexagenario Ludwig, casi gritando lleno de enojo, dijo: "¡Que se quite esos lentes ahumados, porque abomino de hablar con quien se presenta así!". El funcionario aludido, vivamente dió las espaldas al autor de "Coloquios con Mussolini", en señal de desprecio profundo. Pero el escritor suizo-israelita, desprovisto de tacto social, murmuró ante quienes rodeábanle: "¡Todo él es una masa negra!". Con actitudes tales y aún cuando judío, hizo ostensible Ludwig que profesa aquéllo de "la superioridad de raza", que ha hecho perder la cabeza a tántos. Y no digamos que alardée de "superioridad del talento", porque bien sabe él que el talento es dón que se encuentra en todos los pueblos, entre todas las razas y en todas las capas del conglomerado social. Pero sea

lo que fuere, es lo cierto que el ilustre polígrafo concluyó por cerrarse el paso asimismo, y que Martí se quedó sin ser biografiado por un Emilio Ludwig, quien tiene hoy el privilegio de ser "un biógrafo más de Simón Bolívar."

Y es mejor que las cosas hayan tomado tal sesgo. La mentalidad de Ludwig no es de las mejor formadas para escribir la vida de José Martí. Nosotros hemos leído cuidadosamente volúmenes de Historia de América, escritos por "no latinoamericanos", y hemos quedado desconcertados al advertir la carencia de emoción y de aquel nuestro sutilísimo poder para captar matices espirituales y sentir plenamente a las grandes almas del pretérito. En obra que pretente estudiarnos y ser fuente de consulta para la juventud universitaria, encontramos el mismo criterio, en el autor, para apreciar a José Gervasio Artigas y a Pancho Villa; y la emoción del historiador sedicente era la misma al estudiar a Bolívar y al Mariscal don Andrés de Santa Cruz.

En cosas de América, actúen los hijos de América que saben sentir y que en forma cabal interpretan la hondura y la ternura de nuestra sensibilidad, desconocida para otras razas.

No sin razón, recientemente, al recordarse el aniversitario de la muerte de Zweig—el suicida de Petrópolis, según reza el título de delicioso trabajo de Manuel García Hernández—se hicieron muchos comentarios, precisamente alrededor de Zweig, de Ludwig y de Andrés Maurois; y se dijo, entonces, que a pesar de las excelencias del biógrafo de Disraeli, entre los hispanoamericanos hay muchos que le superan en fuerza descriptiva, en calor emocional, y que el Bolívar, verbigracia, de Ludwig, lo habría escrito insuperable, la pluma de Rufino Blanco Fombona. Entre los hijos de Cuba, muchos son los que habrán de humanizar a Martí y sabrán darnos su biografía insuperable.

Miraflores (Lima), 1944.

Tentativa revolucionaria

en contra del Presidente de Guatemala Estrada Cabrera.—Misión Diplomática de Nicaragua a El Salvador.—La revolución del General Manuel Bonilla, en Honduras

Por Pio Bolaños (*)

De acuerdo con lo previamente convenido, entre los Presidentes Zelaya y Regalado, para iniciar una revolución en Guatemala, con el objeto de derrocar

---

(*) *N. del D.*—Este artículo del distinguido intelectual y político nicaragüense, don Pío Bolaños, continúa la serie de memorias históricas que viene publicando en "Repertorio Americano". Tomo XL, Nº 19-20 y Tomo XLI, Nº 8 de 1944, de gran interés, por haber sido testigo de importancia el autor, como Secretario Privado del Presidente de Nicagua. General José Santos Zelaya.